

## Simbolismo y oralidad

VÍCTOR M. FRANCO PELLOTIER\*

Las técnicas de la oralidad dejan constancia de la profundidad histórica en la que se forma un sistema oral. Muestran también sus vínculos con las transformaciones lingüísticas, sus influencias en las lenguas y su relación con ciertos desarrollos culturales sustentados en la oralidad. Además nos conducen a transitar hacia los sistemas simbólicos. ¿De qué forma? Ésta es la pregunta que me propongo presentar, desarrollar con algunos planteamientos y ejemplificar brevemente con la práctica del ritual matrimonial en el grupo étnico amuzgo asentado en el estado de Oaxaca. Es decir, a partir de la experiencia derivada del estudio del ritual matrimonial entre los amuzgos expondré algunas reflexiones sobre la forma en que la práctica oral colabora en la obtención de los efectos simbólicos característicos del pasaje de un status a otro, es decir, del estado de soltería al de matrimonio, sancionado por un tránsito ritual con elementos de oralidad y, por supuesto, de otros campos de significación. Cabe señalar que el ritual matrimonial amuzgo está compuesto por varias fases en las cuales la representación ritual requiere del ejercicio oral. Por ello las preguntas de partida son: qué agrega la oralidad al entendimiento del ritual y, de qué manera la oralidad forma parte de los procesos simbólicos.

Tal vez, lo que más asombra es que la oralidad sea un medio de comunicación basado en un conjunto de técnicas. El asombro se convierte en confusión ante la dificultad de desdoblarse los efectos de la oralidad. Una parte corresponde a la lengua y otra transcurre por el ejercicio de lo oral estructurado como el propio mensaje

y no como mero reflejo del código lingüístico; es decir, dicha dificultad apunta a vislumbrar al medio oral construido como el propio mensaje de la comunicación.

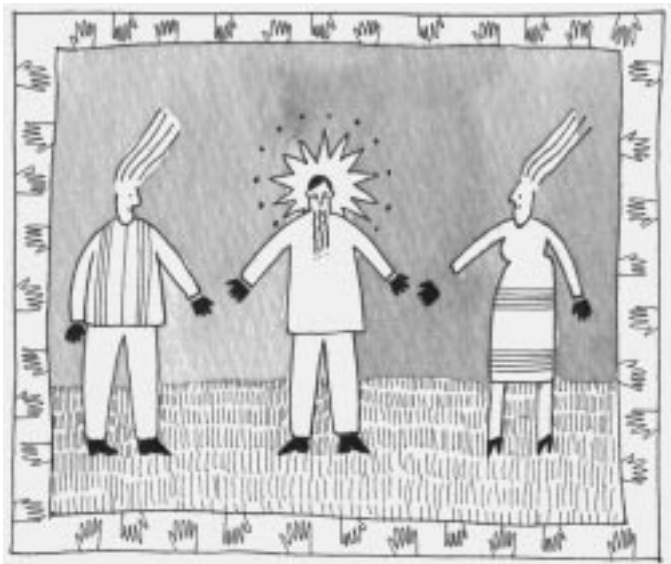
Esto nos conduce a identificar la participación de la oralidad en el ritual matrimonial. En el caso amuzgo, como quizás en otras culturas étnicas de México, el pasaje ritual matrimonial está apoyado en buena parte en el ejercicio de una estructura de tipo oral, aunque por supuesto no sea el único elemento que participa en el proceso ritual total. Las fórmulas de petición de novia aún acostumbradas en la región están basadas en una estructura oral vinculada a la lengua y a un conjunto de mensajes estructurados con técnicas orales, por medio de las cuales el rito se reproduce. Ello requiere de un especialista de la palabra —el pedidor— que en lengua amuzga se nombra como el que *lleva y trae la palabra*. Sin los pasos de la formulación oral no habría condiciones para establecer la alianza matrimonial. Por supuesto que el establecimiento de una alianza no depende exclusivamente de un buen pedidor o de buenas condiciones para realizar una “pedida de novia”, pero sin duda depende mucho de ello que la alianza cobre la fuerza simbólica de un pacto entre grupos sociales, con derechos y obligaciones. Las técnicas orales empleadas para tal efecto son el punto a dilucidar: el camino que recorren y hasta dónde llegan sus efectos. Las premisas implícitas en esto requieren de una reflexión acerca de las características simbólicas que agrega la oralidad a la parte del rito matrimonial, por medio de las cuales se realiza el tránsito, no sólo de los participantes en el ritual, sino de la misma palabra convertida en mensaje simbólico. Hay que destacar que el ritual matrimonial amuzgo es un rito en el cual el ejercicio de la palabra

---

\* Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.

requiere de formas especiales de composición, que son por supuesto las claves para definir dicho tránsito.

La premisa del mensaje ritual-oral conduce a la pregunta: cómo percibir el desdoblamiento de código y mensaje. La dificultad de desdoblamiento del código se solventa evitando su separación radical. El eje del mensaje oral se localiza en la simultaneidad de emergencia del código y el mensaje; se trata entonces de vislumbrar el fluir del mensaje sobre la lengua en el acto mismo de su ejecución. La correspondencia entre código y mensaje ubica a la oralidad en este último como el espacio de su ejercicio. Desde la construcción del modelo de comunicación de Jakobson sabemos que cuando el mensaje es estructurado por la función poética, consistente en el desplazamiento del eje metafórico al metonímico, esto es, la construcción de contigüidad por semejanzas, se tiende a sobredeterminar el mensaje en sí mismo. Y esto es justamente lo que las técnicas orales realizan, diversificando los modos de emergencia del mensaje.



En términos generales podemos establecer el rito matrimonial amuzgo siguiendo un proceso constituido por pasos obligados y sucesivos que se deben cumplir. Nos referimos, por ejemplo, a las conductas y a las intervenciones orales frente a distintos auditorios y en diferentes situaciones. Por supuesto que el discurso ritual de matrimonio abarca más elementos simultáneos diferentes a los orales, pero nuestro interés central se concentra en reconocer las fases orales instituidas. Los pasos o etapas identificados son 1) la petición; 2) los avisos y el compromiso; 3) las ceremonias y celebraciones festivas y 4) los consejos de entrega-aceptación de los nuevos cónyuges. Estas fases se repiten casi siempre, sobre todo cuando se quiere y se

puede respetar las reglas sociales de la alianza. Excepto en la tercera de estas fases el especialista de la palabra, el "pedidor", interviene de modo constante. En esa tercera fase se puede suponer que la presencia del sacerdote católico sustituye al orador nativo.

En este contexto son pertinentes unas preguntas elementales: en qué consiste el mensaje en el rito amuzgo y cómo produce este mensaje un efecto simbólico.

Cabe señalar que, en principio, el ejercicio de la oralidad se manifiesta en términos generales en la repetición de las fórmulas de convencimiento, petición, aceptación, persuasión, solicitud, concesión, compromiso, notificación, recomendación, etcétera. Términos que no son sólo actos de la interacción ritual, sino que fundamentalmente resultan reproducidos y reconstruidos por los recursos orales disponibles en la cultura amuzga. En el mismo momento estos eventos verbales estructurados con técnicas orales específicas efectúan un tránsito de lo privado a lo público, de un estado A a un estado B, recreando ritualmente los fundamentos axiomáticos culturales.

El mensaje oral queda entonces indicado en algo parecido a la función poética jakobsoniana, en el sentido de que el mensaje recae sobre sí mismo, sosteniéndose en sus técnicas de elaboración, de modo similar al desplazamiento del eje metafórico al metonímico que se produce en el efecto poético. Efecto no restringido únicamente a la poesía, sino posible de generalizar a todo mensaje producido por la propia materia del medio de comunicación: sea la palabra oral, los gestos, la palabra escrita, las marcas gráficas, los signos visuales, etcétera.

La construcción de un mensaje ritual reposa en la lógica de equivalencias obtenidas por las distintas fórmulas repetitivas de la composición oral. Por ello no es de extrañar que los pedidores digan en cada ocasión más o menos las mismas cosas, los mismos enunciados, las mismas palabras, construyendo con ellas un mensaje actualizado. La materia oral del ritual reposa así en estos recursos propios de la palabra. Si este tránsito transmitido oralmente en el ritual no se produjese, la alianza matrimonial carecería de fuerza simbólica.

En tales condiciones, en las que se requiere construir el mensaje con las propias palabras, se produce el efecto oral: un mensaje basado en la propia forma de la palabra. Pero el efecto de la función poética, por naturaleza creativo y cambiante de sentido, se elabora en la oralidad de inmediato apoyándose en las posibilidades históricas de la lengua, dado que requiere de establecer su permanencia de manera sólida, en tanto su natural fragilidad como medio: la voz sonora.

La sistematicidad oral se establece entonces en la combinación de equivalencias de sonidos, en la duración de las emisiones, en los tipos de estructura silábica, en los sistemas rítmico-accentuales, en las insistencias de la paronomasia, de la aliteración, del encajamiento, etcétera. En términos generales e incluyentes, en todas aquellas formas ligadas al ritmo y la métrica.

La creatividad, característica de la función poética del lenguaje, se cumple en la libertad de comunicar al auditorio mensajes recreados, bajo el apego a las estrictas reglas orales y al uso convenido de la emisión y recepción. Agreguemos que, cuando el mensaje basado en la función poética se asocia a la función referencial, vinculada a enunciados de tipo informativo y bajo el dominio del mensaje, estamos cerca de la idea de Havelock (1963) de comprender la oralidad como una *enciclopedia tribal* de amplios alcances en la reproducción de los saberes sociales.

El comportamiento ritual al nivel del mensaje permite a los actores ejecutar sus cometidos con un relativo margen de conciencia, en términos del manejo recreativo del mensaje. El "pedidor" sabe, en cada ocasión lo que tiene que decir, pero sabe también que debe adaptar sus palabras en cada caso para conseguir el efecto esperado de su intervención. En ese sentido el discurso del pedidor recrea los marcos de regulación del mensaje ritual, pero al mismo tiempo tiene que mostrar su improvisación y relativa inventiva para hacer fluir el mensaje y lograr su cometido.

La figura del pedidor representa el manejo de las técnicas encaminadas a lograr efectos de mensaje según las exigencias del auditorio, en este caso constituido por las familias involucradas en la alianza. Al mismo tiempo su ejercicio y resultados colaboran en la construcción de la enciclopedia tribal del casamiento amuzgo, estableciendo y reproduciendo valores asumidos por el grupo social, tales como las formas de normativizar el matrimonio para los pasajeros del ritual. El pedidor es así controlador del mensaje, pero, al mismo tiempo, se encuentra subordinado a la disciplina de las técnicas orales (y las no orales también) del rito matrimonial recreado por él.

Insistiré en la idea de que el medio oral distingue muchas formas de mensaje, puesto que hay múltiples maneras de construir el medio oral y por ende de construir mensajes; prueba de ello son los distintos tipos de manifestaciones orales como el mito, el canto, la oración, las sentencias proverbiales y muchas más.

La oralidad, entonces, hace un tránsito: a través del mensaje actualiza el código que le sirve como materia prima para elaborar equivalencias de tipo sonoro y producir mensajes de orden especial; éstos, a fuerza

de transmitirse, se hacen tradición y se conservan durante generaciones. La característica de tales mensajes reside en sus efectos duraderos aunque constantemente readaptados. Por eso en la oralidad el mensaje se ejercita en la fijación de patrones de la voz o de la palabra sonora; resultando de ello un proceso de elaboración del mensaje en el que no se puede identificar a la lengua como código, ni al habla como realización individual lingüística.



La diversidad de estructuras de producción de mensajes implica también la variedad de técnicas orales, con un patrón o modelo en cada lengua y cultura, pero no se reducen sólo a un tipo de forma. Los diversos modos en que los conjuntos orales se presentan resultan equivalentes a diversos tipos de elaboración de mensajes y por lo mismo a diversos tipos de efectos simbólicos. Por ello consideremos el mensaje ritual como un posible tipo de oralidad ejercitado en una cultura determinada. La oralidad se vincula así a los procesos simbólicos como una parte de éstos.

Por lo anterior, el interés por destacar ciertos procesos simbólicos con mayor peso en la oralidad resulta justificable para el estudio de procesos rituales. El predominio oral, privilegiada en el rito matrimonial amuzgo, se hace palpable en casi todas las fases. En las reuniones de petición de novia el especialista debe, con su lenguaje armonioso, convencer a los padres enalteciendo el cometido ante el que se encuentran los participantes. Debe limar asperezas con fórmulas cuasi-poéticas o formuláicas y hacer evidente la seriedad de los compromisos a establecer, en la medida en que son el fundamento de valores compartidos que debe sacar una y otra vez a la escena.

En la reunión llamada “quedamiento” debe esforzarse en causar, en todos los presentes, los sentimientos y razones engrandecidos por la verdad de las palabras. Al mismo tiempo conduce a los novios y al auditorio a la aceptación del compromiso matrimonial. En la reunión de los consejos, ya para finalizar la última fase ritual, debe orientar a los recién casados y a sus familiares a regresar a su vida cotidiana con su nuevo status personal, haciendo énfasis en las obligaciones a cumplir. El tránsito ritual por la palabra construye un ámbito simbólico del que quedan investidos los sujetos participantes. A veces la aparente simplicidad y reiteración de sus palabras da la impresión de un acto nada extraordinario, cuando de hecho el efecto simbólico logrado será una de las fuerzas que convulsionen e instituyan un nuevo estado de cosas para los transeúntes del ritual.

Estas premisas llevan también a pensar que, en la relación oralidad-simbolismo, lo simbólico no está prestablecido en algún código, sino que el mensaje construye incesantemente las formas simbólicas. Asimismo se puede considerar que de cierta manera la oralidad es formadora de síntesis simbólicas; pero no parte de ellas ni las presupone. Ciertamente, la oralidad forma parte del universo simbólico si nos referimos a procesos en que se articulan prácticas simbólicas como mensajes orales, pero de igual manera el simbolismo se puede elaborar con cualquier materia signíca (el *bricolage* de Lévi-Strauss) y no sólo, ni necesariamente, con los sistemas orales. No se trata de afirmar pues que toda oralidad existe y se orienta para la construcción de procesos simbólicos. Pero quizás, sin ella, buena parte de los procesos simbólicos no podrían estructurarse.

En estas reflexiones acerca de la vinculación entre la oralidad y el simbolismo no pretendo llegar a substituir el código de la lengua u otro tipo de código signíco por el mensaje oral. No se trata de convertir el código en mensaje, ni el mensaje en código; se trata de algo distinto, de localizar las reglas de empleo de la palabra oral que confluyen para la conservación del saber humano. Desglosar dicho código de su mensaje requiere efectivamente localizar e inspeccionar con detalle el basamento en que radica la materia oral y la emergencia del mensaje.

La oralidad, en tanto conjuntos de reglas, queda estructurada en la red del mensaje: el usuario tiene un relativo acceso a ellas. Primero, porque están relativamente cerca de su manejo y segundo por su función de recrear en el mensaje la actualización del código. En tanto codificación de mensajes el acceso a las reglas se pierde en la profundidad histórica de la tradición oral. Sus reglas —métricas, rítmicas, formu-

lares, repetitivas, etcétera— se aprenden y se aplican en el momento en que pasan por la elaboración del mensaje; pertenecen así al dominio y habilidad de su usuario; tanto hablante como oyente. Por eso el orador puede crear y recrear nuevas formas o variedades de transmisión oral, bajo el soporte de lo ya codificado y generando nuevas emisiones.

Por tratarse del mensaje, del mensaje en sí mismo, el orador o cantor emplea sus técnicas con objetivos conocidos: objetivos que acaban participando en procesos de simbolización. En dichos procesos simbólicos, generados en la repetición renovada, la conciencia de los participantes actúa en la red de emisiones orales conocidas, se ignora el proceso completo de simbolización, pero se conoce gran parte de éste.

Las técnicas del pedidor, basadas en una creatividad relativa —pues no puede cambiar del todo la lógica de su saber—, mantienen las reglas a través de reproducirlas ejercitándolas. Para mantener su saber, el especialista y su auditorio deben pronunciarlo y escucharlo una y otra vez. Finalmente este saber se conserva en las técnicas construidas desde generaciones atrás y estas mismas técnicas conservan también a su ejecutor.

La palabra transmitida de viva voz conserva el saber cultural, sin que ello signifique su reducción o fosilización. Todo lo contrario los mecanismos orales son fuente de cierta creación y no sólo de conservación. De tal modo que ese mecanismo oral puede llegar a confundirse con el propio código lingüístico. El mensaje estructurado oralmente es medio de transmisión, conservación y reproducción cultural. La creación de sentido, como la constituye la función poética, queda limitada y restringida a una creación controlada: a una variación dentro de estilos personales permitidos en las propias reglas de creación y adaptación.

El estilo de composición oral puede variar de un pedidor a otro y en cada “pedida”. El grado de complejidad no está en técnicas sofisticadas inaccesibles —pues no está predefinido el acceso a este saber—, sino en adaptar la palabra para que siga teniendo efectos en una sociedad cambiante.

El acercamiento consciente de la oralidad en torno al manejo de los recursos técnicos orales —el estilo oral—, requiere de un sujeto educado y formado en dicho manejo. Pero, a su vez, esos recursos técnicos se pierden en la profundidad del pasado y producen efectos simbólicos alejados de la conciencia del productor por el hecho de perder u olvidar el registro de su aparición.

Si bien las tradiciones orales no implican un conocimiento absoluto de los elementos empleados por parte de sus ejecutores, se requiere, sin embargo, la

suficiente formación en la habilidad de utilización de los fundamentos estilísticos propios de esa tradición. El especialista de la palabra no conoce sus técnicas como conocimiento explícito o conceptual, aunque sí es un experto en el manejo de sus emisiones verbales. El especialista puede construir y acudir en su memoria a claves o puntos de referencia a los cuales pueda poner un nombre para identificar sus técnicas.

En otras palabras, los sistemas orales, si bien están alejados de la creación de su ejecutor y aparentan provenir de profundidades simbólicas desconocidas, en realidad se estructuran en el ejercicio de la composición, de la ejecución, de las técnicas de conservación y transmisión del saber. En ese sentido, insisto en que lo que he llamado codificación proviene de esas técnicas reglamentadas, y el efecto simbólico, más que provenir de cierto código —alguna vez instituido por alguien o algunos—, brota del recorrido hecho por el mensaje. En ese recorrido es que decimos se encuentra el aspecto creativo, productor de sentido, de las prácticas simbólicas construidas con la participación de la oralidad.

Se puede considerar entonces que el universo simbólico se enriquece con la oralidad a condición de separarse de la substancia simbólica y considerar a la oralidad como el propio tránsito del mensaje contribuyendo a producir el efecto simbólico. Por eso la oralidad y el simbolismo sólo se reproducen ejerciéndose y en esta relación es indispensable el ejercicio de la voz moldeada.

Debe, precisarse, por otra parte, que no se trata de confundir el efecto simbólico con la oralidad, no es la oralidad por sí misma la productora del efecto simbólico, pero queremos pensar que en sociedades de cierto predominio oral, el efecto simbólico se trasmite y fluye por las palabras, estructuradas con recursos técnicos específicos. Las palabras convertidas en su propia emisión producen formaciones como los cantos, rezos, plegarias, categorizaciones, sortilegios, sermones, mitos, ritos, narraciones, etcétera. Un etcétera que resulta muy importante de definir porque significa que queremos saber e identificar cuáles pueden ser todas esas formas técnicas elaboradas para emplearse en la variedad de los estilos de la composición oral; confundidas frecuentemente con sus géneros derivados de la escritura.

Desde este punto de vista tenemos entonces que, según la construcción de la material oral, las estructuras simbólicas derivan en diversas manifestaciones, determinando así el mensaje tal y como puede decirse y escucharse. Esto implica rechazar la bús-

queda de modelos cognoscitivos prehumanos, como base de un intelecto universal. Y ante la pregunta de si las capacidades de conocer del ser humano se localizan en esos modelos prelingüísticos y prediscursivos, es decir, previos al mensaje, podemos sospechar que esos modelos, que parecen estructurar complejas formas cognitivas de la mente, pueden ser sencillas técnicas orales, elaboradas y reelaboradas en el tiempo por los hablantes de cualquier lengua y cultura.

## Bibliografía

- HAVELOCK, ERIC A.  
1963 *Preface to Plato*, Cambridge, Belknap Press of Harvard University Press.
- JAKOBSON, ROMAN  
1971 "Lingüística y poética" en *El lenguaje y los problemas del conocimiento*, Buenos Aires, Rodolfo Alonso Editor.
- ONG, WALTER J.  
1987 *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*, México, Fondo de Cultura Económica, primera edición en español (primera edición en inglés, 1982).
- PEABODY, BERKLEY  
1975 *The Winged Word. A Study in the Technique of Ancient Greek Oral Composition as Seen Principally through Hesiod's Works and Days*, Albany, State University of New York Press.
- RUSSO, JOSEPH A.  
1976 "Is 'Oral' or 'Aural' Composition the Cause of Homer's Formulaic Style?", en Benjamin A. Stolz y Richard S. Shannon (comps.), *Oral Literature and the Formula*, Ann Arbor, Center for the Coordination of Ancient and Modern Studies, The University of Michigan, pp. 31-71.
- STOLZ, BENJAMIN A. Y SHANNON, RICHARD S. (COMPS.)  
1976 "Introduction" *Oral Literature and the Formula*, Ann Arbor, Center for the Coordination of Ancient and Modern Studies, The University of Michigan.
- TANNEN, DEBORAH (COMP.)  
1982 *Spoken and Written Language: Exploring Orality and Literacy*, Norwood, Nueva Jersey, ALEX Publishing Corporation.
- VAN GENNEP, ARNOLD  
1972 *The rites of passage*, The University of Chicago Press, (sexta impresión).
- ZUMTHOR, PAUL  
1991 *Introducción a la poesía oral*, Madrid, Ed. Taurus Humanidades (edición original en francés, 1983).